

CARLOS LUCENA

# EL BOSQUE



Macleín *y* Parker

**Primera edición**

Septiembre de 2017

**Del texto**

© Carlos Lucena, 2017

**De la portada**

© Gloria Rompo, 2017

**De esta edición**

© Macleín y Parker, 2017

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6  
41701 Dos Hermanas, Sevilla  
www.macleinyparker.com

**Edición y corrección**

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

**Diseño de la colección y maquetación**

Antonio Abad (Macleín y Parker)

**Impresión**

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Papel interior: Coral Book Ivory 1.5 de 90 g/m<sup>2</sup>

Papel de cubierta: Acquerello Avorio de 240 g/m<sup>2</sup>

ISBN: 978-84-947107-1-1

Depósito Legal: SE-1480-2017

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Llegué a Los Colonos muerto de miedo, muerto de tristeza y muerto de aburrimiento.

Entré a la cabaña que sería mi casa de allí en más, y no pude mover un brazo por cuatro días. Apoyé los dos enormes bolsos de mano en el porche, visualicé una vez todo lo que había por hacer aún y me quedé dormido en una especie de catre que habían usado los carpinteros, por dieciséis horas. Desperté con un fuerte dolor en los hombros (había entrecruzado los brazos detrás de la nuca como para no tocar mucho la superficie con la cabeza y evidentemente así habían permanecido). Pensé que (así como los perros lo hacen con el meo) era razonable que yo hubiera dormido casi un día entero para apropiarme de mi nuevo territorio. Y no quise levantarme.

Un buen comienzo.

Cuando amanecí (al anochecer del segundo día), sentí un confuso y redondo impulso animal de tomar yogur. Había. No podía creer que lo hubiera incluido entre los encargos para mi llegada.

Dos tazas, dos vasos, dos platos de cada tipo. Qué mente miserable (la mía, claro) pudo haberse equipado así. Me alarmé. ¿Qué tipo de reclusión te lleva a limitar así tu vajilla? ¿En qué la afecta un justificable juego de cuatro piezas —ya no digo de seis u ocho— aunque más no sea por prever roturas?

Un solo usuario. Suena patético, pero no es lo es tanto. Es cierto que venía de una etapa de desprendimientos sistemáticos, por así decirlo, pero no elegí el bosque para recomponer un cuadro coherente del viaje de ida y vuelta al ostracismo. También es cierto que me venía sintiendo cada vez menos cómodo con los demás. Es la primera paradoja porque justamente siempre se me ha señalado como un buen animador de cualquier velada, no por ejercer de gracioso ni mucho menos, sino porque —decían— era capaz de provocar y mantener conversaciones ricas y extendidas.

Los últimos años de vida de mi mujer vivíamos en un sitio que nos resultó enormemente acogedor los primeros tiempos, y que en los últimos momentos fui sintiendo cada vez más ajeno. Esos sitios en que los vecinos dicen: «Nos tenemos que juntar a comer un día de éstos», y pasan seis meses sin novedad. En mi ciudad natal —cosmópolis, por cierto— no habríamos dejado pasar ni una semana para que el forastero hiciera su inmersión cultural a fuerza de *happy hours* al menos. Empecé a indignarme con los defectos más nimios de mis colegas y vecinos, a señalarles bajezas o simples incapacidades; mientras tanto, nadie me frenaba para increparme con un «¿quién sos vos para juzgar así?». No lo hubiera aceptado tampoco.

Me convencí de la casi inviabilidad del futuro de aquel lugar por la baja innovación, inversiones y, más que nada, ambición. Otra paradoja, porque yo tampoco perseguía esas cualidades ni me seducían en absoluto, de modo que no tenía riesgo de convertirme en disfuncional, como dicen ahora, en ese entorno. Pero claramente no era mi lugar en el mundo ni mucho menos.

No sólo me decepcionó el exterior. Yo mismo me vi viejo, feo y gordo. No hay modo de detallar esta convicción; uno es como se ve y *chau*, no va a andar justificando sus percepciones. Pero para no ser tan hermético, pero sí retorcido, diré que, por ejemplo, antes me sentía distinto a la gente que no veía linda (¿?). En los meses previos a venirme a Los Colonos, un viejo amigo hizo un régimen veloz para bajar de peso, con resultados sorprendentes. Muchas cosas se definen por el contraste con otras, más que por describirse a sí mismas. Es sencillo: él lucía bien. Yo directamente ya no encajaba y ésa era mi convicción agobiante y extrema: sentir que por más y mejor que intentes acompañarte con tus semejantes, por esfuerzos que hagas en sumarte y sumar, ya le eres indiferente a la caravana, y se sabe que el circo no funciona sin elefantes, pero sí sin utileros.

Puede parecer cursi, pero si has tenido la dicha de haber sentido eso de «estar en tu centro», sabes que las evidencias cuando no lo estás son concluyentes. Te sabes disociado por fuera y por dentro, ambas caras te resultan aceptables, pero juntas las odias; te tornas un poco agresivo o intolerante, pero haces un enorme esfuerzo por mantener las formas con quienes te importan más; te desilusionas por

nimiedades. Eres desaprensivo cuando te asalta la conciencia de que puedes desaparecer en el siguiente minuto, y te sientes no dándole crédito al mínimo temor.

Tienes registro de aquello de: «Lo lejano, lo más lejano... lo encontré en mi sangre», y sabes —a la vez— que debes irte a otro lugar.

De alguna forma te sabes nocivo. Ya no haces buenas fotosíntesis y te pareces más a un caño de escape que acaso propulse buenas iniciativas y comportamientos, pero emana muchos gases tóxicos. A la par te debilitas, te hinchas y se te rancia la piel. Y, finalmente, tomas plena nota de lo que ya no podrás ser ni hacer (y sabes que es lo mismo).

Y aún no es «finalmente», es sólo lo penúltimo. Finalmente llega la muerte de quien amas y se rompe consigo una serie de otras membranas y engranajes; las respectivas familias eran parte de ello, así que ahí cayeron automáticamente como quince o veinte afectos más.

Bastante después, para los dos últimos cumpleaños, me llamaron sólo mis hermanas; las últimas dos Nochebuenas las pasé mirando de un tirón nueve capítulos de una miniserie, y hasta desistieron de presentarme divorciadas. Un melodrama divertidísimo que preanunciaba sus episodios cristalinamente. Por ejemplo, que ya estoy casi pelado. Tengo un sombrero como el de Davy Crockett, ése de piel de mapache con la colita atrás, que me hace parecer más a un domador de circo cosaco.

Elegí este lugar (la comarca, como me gusta llamarla) por sus bellísimos árboles, de los que no conocía especies ni características más allá de algún algarrobo o un sauce; alguna araucaria por su copa tan típica, o algún arrayán

por su altura tremenda, (a éstos siempre los imaginé más al sur, pero hoy «los trasplantes hacen cualquier cosa», me informaron). Sabía que cuando empezaran a florecer darían esos colores ocre, morados, plateados y amarillos que se lucen en Boston, Atlanta, San Martín de los Andes. Pero estamos a seiscientos treinta kilómetros de la capital, hacia el noroeste.

Y también lo elegí por el lago, claro. Y por el arroyo. Y por el sendero más marcado que baja al lago, que parece el de las piedritas de Hansel y Gretel. Y si se le agrega el sonido de unos colibríes, el repiqueteo de los pájaros carpinteros y la vista de algún halcón despistado, ya Hansel y Gretel encuentran a sus padres, el logo de Disney destella triunfante y todos son felices en el bosque.

Y por los kilómetros de curvas en altura alrededor, por su emplazamiento majestuoso y su carácter de aldea que merecería un valle.

Por alguna razón botánica, las bellotas que se desprenden de los castaños quedan dispuestas en el suelo como un cordón de vereda a los costados de ese senderito; como si el surco hubiese sido limpiado al amanecer por una de esas máquinas para las nevadas de Canadá o USA.

La cabaña es bastante clásica en su género, como lo hubiera sido de haber buscado una casona estilo toscana rosada y venida a menos, con detalles dantescos, balcones de hierro y puertas altísimas de maderas rasgadas, dameros en la cocina y mayólica.

Es de tronco macizo, de pino Taeda, robusta y cobriza. Balconea al lago con timidez. Tiene una sola planta, como

corresponde. No me gustan ésas que reproducen un chalet de barrio privado sólo que recubierta en madera, a las que les meten unos dormitorios arriba. Aquí el cielo rodea hasta el suelo y no necesitas tener planta alta. Sin embargo, tiene una doble altura en un costado, que suma ventanales y permite un pequeño entresuelo, a lo que no me opongo. Y aunque no es de mi mayor simpatía, terminé aceptando algo de piedra para la estufa del salón principal, el único.

Frente a él, dos largos sillones de tres cuerpos más otros dos individuales de estilo francés. Uno es azulino y blanco, con flores; otro, como de terciopelo avejentado grisáceo. Nunca tuve sillones tan mullidos y siempre los envidié. Hay dos alfombras coloridas que no son ni de motivos peruanos, ni salteños, ni marroquíes ni persas. Parecen algo africanas, aunque ahí no hay muchas alfombras, pero sí telas y tapices y faldas más bellas que muchas cortinas y alfombras del mundo. Y lo más importante —que no tengo desde que enviudé—: una gran mesa de comedor. Saber que ya no mantendré esa relación corporal entre sumisa, reclinada e incorrecta que se produce al almorzar en una mesa ratona<sup>1</sup> ya me predispone bien. Ah, y una rutilante bañera, de las que sólo disfrutaba los últimos años, en los hoteles. La mesa es inmensa para uno solo, la bañera, también.

Me llevó unos dos meses acondicionarla, y el verla lo bastante acabada me produjo una zozobra inédita. Tal vez por el hecho de que completando esa faena me quedarían más vacíos por delante; acaso hubiera sido mejor tomarse

<sup>1</sup> Mesa baja usada en la sala de estar.



seis meses, a un pasito cada día, pero, entre otras cosas, ¿quién puede saber si tiene seis meses?

Los primeros días no podía evitar sentir que alguien me espiaba, escondido o no, pero sin hacerme sentir acechado. Lo imagino a pocos metros o a trescientos, en la otra orilla del lago. No lo distingo y no lo logro incorporar como una verdadera presencia. Es una particular sensación de saberse «no solo», pero tampoco acompañado. Al cabo de aquellos trajines y una nueva siesta de veinte horas (de diferente textura), respiraba considerablemente mejor que en la ciudad. Es cierto que no pongo a prueba mi capacidad aeróbica en rudos desafíos, pero la percibo más resituada y afrontando mejor las demandas de movimiento.

Pero ahí estaba entonces: bastante satisfecho con mis problemas, nada de paz interior ni tonterías. Seguía atribulado, sí, pero ya tenía claro qué hacer. Lejos de constituir una gesta o una causa, se trataba de la modesta pretensión de no provocar el menor daño a nadie —aunque alguien pueda sostener que recluyéndome aquí sí lo haga—, y pasar bastante desapercibido, incluso para mí mismo. De modo que, aunque no hay nada peor para el aburrimiento que la actividad, me gustaría decir que me fascina embarcarme en largas caminatas para ir conociendo y encontrándome con la secreta alma del lugar.

Pero, aunque el bosque es bucólico, quienes lo habitan pueden ser prosaicos, de modo que, una vez instaladas la antena de televisión y la conexión de red, dediqué no pocas horas al video porno. Vi cómo lloriquean las japonesas, cómo les gusta el lamido de axilas y usan la lengua, cómo rechazan el sexo anal, etcétera. Trataba de imaginarme si

«Tchimochí» quería decir «dame más», «me encanta así», o «no quiero, soy tu madre». Y una cosa lleva a la otra así que, cuando superé el asunto aquél de la presencia, retomé la saludable práctica de la masturbación.

En cuanto a otros asuntos domésticos, no era mi intención hacer de las idas y venidas al pueblo una rutina frecuente. Me pareció que dos veces al mes serían una patriada justa: sin embargo, en esos primeros dos meses se intensificaron a una o dos por semana. Como es previsible, implicó relacionarme con bastante gente del lugar.

Anoche, al cabo de tres meses en Los Colonos, sin saber impulsado por qué, colgué un papelito en la heladera con las palabras «ELLOS – AQUÍ – MAÑANAS», que lucía como si fuera un apunte para invitar a una parrillada, pero, sin quererlo, constituía una oración.